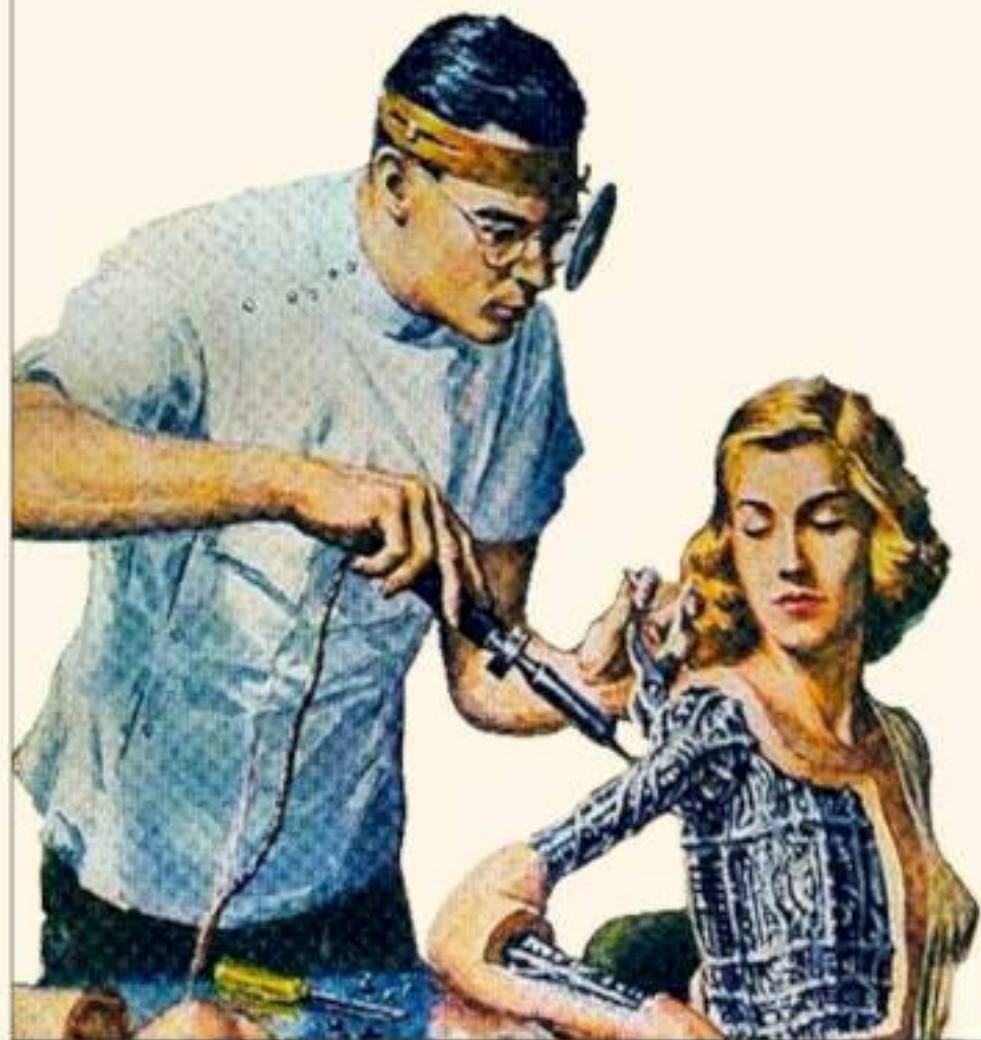


# Kallocaína

Karin Boye

Traducción de Carmen Montes Cano

Prólogo de Luna Miguel



Kallocaína es el nombre del suero de la verdad que el científico Leo Kall ha inventado para garantizar al Estado seguridad y estabilidad, pero la verdad se escapa a la instrumentalización y sus efectos son demoledores: el protagonista asiste horrorizado al surgir gradual de una conciencia individual y autónoma con la que intenta luchar.

Escrito en 1940, *Kallocaína* es una novela antiutópica, en la línea de *1984* que Orwell publicó unos años más tarde, inspirada en el apogeo del nacionalsocialismo en Alemania. Con la serie de novelas antiutópicas que vieron la luz en la primera mitad del siglo xx, comparte la visión pesimista de un futuro totalitario y deshumanizado, pero lo que hace de *Kallocaína* algo único en su género es la concepción de la dictadura como algo inherente a la conciencia individual.

Karin Boye describe con lucidez un futuro gris, dominado por un Estado policial que llega a invadir la esfera privada de los ciudadanos suprimiendo toda forma de libertad. Los hombres se han convertido en máquinas cuya función principal es reproducirse, obedecer y no sentir.

## LA DROGA DE KARIN BOYE

*Pero qué rayos es Kallocaína, dirán ustedes al tomar este ejemplar entre sus manos. ¿Una droga? ¿Un medicamento? ¿Un experimento científico futurista? ¿O nazi? ¿O aquello que el Gran Hermano nos inyectaba para hacernos sumisos? ¿O, quizá, el sueño imposible de un científico sueco loco?*

No se preocupen, la respuesta a todas estas preguntas vendrá a continuación, sólo tienen que posar la mirada en la íntima confesión de la voz de un hombre, el narrador, que a su vez esconde la voz de una mujer, la autora, Karin Boye, —poeta, narradora, editora, suicida, ¿lesbiana?, moderna, *punkfemme* atrevida y hermosa— desconocida hasta hoy en nuestro país, concediéndonos ahora su entrada triunfal y prometedora en el panorama literario que nos incumbe: *Ni que decir tiene, dice, soy consciente de lo ofensivos que mis polémicos escritos deben de resultar al pensamiento racional y pragmático y aun así, escribo. ¿Pero habla él o habla Karin? ¿Es el autor o es el narrador el que presume de polémicos pensamientos? ¿Qué tiene que ver esto con la Kallocaína? ¿Qué es, de una vez por todas, lo que esconde el título de esta magnífica novela que aquí se nos presenta?*

Habla el narrador: *Se trata de algo que, espero, resulte útil al Estado explique. Una sustancia que inducirá a cualquier persona a desvelar sus secretos, todo aquello que se haya esforzado en ocultarla sea por vergüenza, ya sea por miedo. Y es que nuestro protagonista es un científico encargado de realizar este experimento. Primero lo probará con los voluntarios: aquellos que ceden su cuerpo al temido gobierno. Después lo hará con casos reales. Y después el mundo se tornará totalitario. Oscuro. Triste. O mucho*

más de lo que ya era. El horror de la ciencia, también. Una máquina lista para matar.

Esta novela la han comparado con George Orwell. Con Ray Bradbury. Y aquí observo también el parecido con la contemporánea Juli Zeh o incluso con la estética de la película *Blade Runner* (podrían imaginar las notas de su banda sonora estridente como fondo de cualquiera de los experimentos con la nueva «droga», o su conocido *Lovetheme* en cualquiera de sus íntimas confesiones amorosas, porque *Kallocaína* también tiene algo de novela amorosa: una historia sobre los matrimonios fracasados, la desconfianza en la monogamia, el pavor hacia la palabra «familia», tan recurrente e importante en regímenes de derechas, conservadores o totalitarios como el que se describe en la novela).

En este sentido los autores de *1984*, *Fahrenheit 451*, *El método* y *Kallocaína* nos desvelan su profundo miedo al futuro, a las políticas del futuro, a los gobiernos del futuro y a las medicinas, experimentos y dominación del futuro. Curiosamente la novela de Boye fue la primera de todas las mencionadas en ser escrita y por ello desde aquí habría de ser proclamada como clásico de nuestra literatura más reciente. No nos queda otra que reclamar a Karin Boye como una de las autoras a recuperar, traducir y considerar. Alguien tan importante e influyente en la Suecia de principio de siglo xx y alguien capaz de idear una «droga» como la *Kallocaína* merece toda nuestra atención.

Y les diré por qué pienso que *Kallocaína* es una «droga» y no una «medicina». Creo que tanto el narrador de esta historia como la propia Karin Boye tuvieron que tomar una altísima dosis de este producto-droga para poder llevar a cabo la escritura de esta novela. Su prosa es, lo dije anteriormente, tan íntima como poética, sincera, confesional y descriptiva que aunque cuente procesos desagradables del devenir del ser humano, su descripción y atención a las palabras hacen de este un relato tranquilo y bellissimo que en-

cuentra su lugar entre el informe clínico y el poema enorme...

*Pero qué rayos es Kallocaína, seguirán preguntándose. ¿Un censurable delirio poco digno de este, nuestro Estado Universal? Qué va. Yo se la recomiendo. Que sí. Que la he probado:*

*Kallocaína: una cápsula de ficción que estallará en sus neuronas.*

*Kallocaína: directamente importada por Gallo Nero, nuestro camello de confianza.*

*Kallocaína: la droga de la extraña Karin Boye... ya declarada poeta, narradora, suicida, punkfemme... decía, para mí La Nueva Musa.*

LUNA MIGUEL

MADRID, DICIEMBRE, 2011

# KALLOCAÍNA

Muchos hallarán absurdo el libro que me dispongo a escribir —si es que me atreviera a pensar que serán «muchos» quienes lo lean—, puesto que abordo el trabajo por iniciativa propia, sin obedecer órdenes de nadie, y, aun así, no tengo del todo claro cuál es la intención. Quiero y debo, eso es todo. Con frecuencia cada vez más inexorable preguntan por las intenciones y el método de lo que se hace y se dice, de modo que no quede ni una sola palabra al azar, pero el autor de este libro se ha visto forzado a tomar el camino contrario, hacia lo sin sentido. Pues, aunque los años que llevo aquí como prisionero y como químico —serán más de veinte, calculo— han sido años de sobra llenos de trabajo y de premuras, existe algo que, sin duda, opina que no es suficiente, algo que me ha ido guiando y que me ha descubierto otro trabajo, uno que yo no tenía la menor posibilidad de descubrir, a pesar de tener en ello un interés profundo y doloroso. Ese trabajo estará cumplido cuando haya terminado el libro. Ni que decir tiene, soy consciente de lo ofensivos que mis polémicos escritos deben de resultarle al pensamiento racional y pragmático y, aun así, escribo.

Puede que antes no me hubiese atrevido. Puede que haya sido la cautividad, precisamente, lo que ha hecho de mí un ser frívolo. La diferencia entre mis condiciones de vida actuales y las que disfrutaba como hombre libre es insignificante. La comida resultó ser apenas algo peor. A eso se acostumbra uno. El catre resultó ser solo un poco más duro que la cama que tenía en casa, en el Distrito de la Química, número cuatro. A eso se acostumbra uno. Salía algo menos al aire libre. A eso también se acostumbra uno. Lo peor fue la separación de mi esposa y de mis hijos, sobre todo porque nada sabía ni sé de su destino. Ese hecho llenó de angustia y de desasosiego mis primeros años en cautividad. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, empecé

a sentirme más tranquilo que antes e incluso a encontrarme cada vez más cómodo con mi existencia. Aquí no tenía nada por lo que angustiarme. No tenía ni subordinados ni jefes, a excepción de los vigilantes de la prisión, que rara vez entorpecían mi trabajo y que solo se preocupaban de que observara las normas destinadas a mantener el orden. No tenía ni protectores ni competidores. Los científicos con los que a veces me reunían para que pudiera seguir los avances en el campo de la química me trataban con distante cortesía no exenta de algo similar al desprecio, a causa de mi nacionalidad extranjera. Sabía que nadie se creía con motivos para envidiarme. Sucintamente: en cierto modo, podía sentirme en cautividad más libre que en libertad. Pero al mismo tiempo que mi serenidad, crecía también en mi interior esa extraña reelaboración del pasado, y no conoceré el sosiego hasta haber plasmado por escrito los recuerdos de una época de mi vida relativamente sustancial. La posibilidad de escribir me viene dada en razón de mi labor científica y, hasta que no entregue el trabajo concluido, no ejercerán ningún control. Es decir, puedo permitirme este único placer, aunque resultara ser el último posible.

En la época en que empieza mi relato, yo rondaba los cuarenta. Y si es preciso que me presente, quizá pueda explicar qué imagen tenía yo de la vida. Poco hay que diga más de una persona que la imagen que tiene de la vida: si la ve como un camino, como un campo de batalla, como un árbol en crecimiento o como un mar rumoroso. Yo, por ejemplo, la veía con los ojos de un dócil escolar, como una escalera por la que uno se apresuraba cuanto podía entre rellano y rellano, jadeando y con el contrincante en los talones. En rigor, yo no tenía muchos contrincantes. La mayoría de mis colegas del laboratorio habían cifrado sus ansias de gloria en lo militar y consideraban el trabajo diario como una interrupción tediosa aunque necesaria de los servicios militares vespertinos. En mi caso, no se me habría ocurrido confesarle a ninguno de ellos cuánto más me interesaban



mis experimentos químicos que el servicio militar, aunque no pudiera decirse que fuera mal conmílite. Como quiera que sea, yo me desvivía por subir mi escalera a toda velocidad. Cuántos peldaños debía dejar atrás era algo en lo que jamás había reparado, como tampoco qué maravillas pudiera haber en el desván. Quizá, de forma un tanto nebulosa, me imaginaba la casa de la vida como una de nuestras casas urbanas normales y corrientes, donde uno iba ascendiendo desde las entrañas de la tierra hasta que llegaba por fin a la azotea, al aire libre, a la brisa y a la luz del día. Tampoco tenía claro a qué corresponderían la brisa y la luz del día en mi peregrinaje por la vida. Lo único cierto era que cada nuevo rellano venía caracterizado por breves mensajes oficiales de una esfera superior: de un examen aprobado, una prueba superada, el traslado a un campo de actividad más significativo.

De hecho, yo tenía a mis espaldas toda una serie de esa clase de puntos iniciales y finales, aunque no tantos como para que uno más perdiese importancia. De ahí que volviera con un amago de fiebre en la sangre tras la breve llamada telefónica por la que me comunicaron que al día siguiente recibiría la visita de mi jefe de control y que, por tanto, podría empezar a experimentar con material humano. Luego al día siguiente tendría lugar la prueba de fuego del mayor de mis inventos.

Estaba tan exaltado que me fue imposible comenzar ninguna tarea nueva en los diez minutos que quedaban de jornada laboral. De modo que hice un poco de trampa — creo que por primera vez en mi vida— y empecé a guardar el instrumental antes de tiempo, muy despacio y con suma cautela, mientras miraba de reojo hacia las paredes de cristal que se alzaban a ambos lados para ver si alguien se fijaba en mí. Tan pronto como la señal del reloj anunció que había terminado la jornada, me apresuré a recorrer los largos pasillos de los laboratorios, a la cabeza de la corriente. Me duché rápidamente, cambié la ropa de trabajo por el

uniforme de paseo, entré a la carrera en el paternóster y, al cabo de unos instantes, estaba en la calle. Puesto que nos habían asignado la vivienda en mi distrito laboral, disponíamos allí de licencia de superficie terrestre, y yo siempre disfrutaba estirando las piernas al aire libre.

Cuando pasé por la estación de metro, se me ocurrió que bien podría esperar a Linda. Como yo había salido tan pronto, no habría tenido tiempo de llegar a casa desde la fábrica de productos alimenticios donde trabajaba, situada a más de veinte minutos en metro. Acababa de llegar un tren y un río de gente que surgía de la tierra se iba estrechando al pasar por los controles, donde comprobaban las licencias de superficie terrestre y, finalmente, iba filtrándose gota a gota hacia las calles aledañas. Por encima de las azoteas, ahora desiertas, y de las lonas enrolladas de color gris monte y verde prado que, en el transcurso de diez minutos, hacían invisible la ciudad desde el aire, contemplaba yo aquella masa hormigueante de compañeros de milicia que volvían a sus hogares con el uniforme de paseo, y pensé de pronto que quizá todos albergasen el mismo sueño que yo: el sueño del camino ascendente.

Aquella idea arraigó en mí. Sabía que antiguamente, en la época civilística, era preciso incitar a la gente a trabajar y a esforzarse con la esperanza de acceder a viviendas más amplias, comida más exquisita y ropa más elegante. En la actualidad, nada de eso era necesario. La vivienda estándar —una habitación para los solteros, dos para una familia— bastaba más que bien para todos, desde el más insignificante hasta el más meritorio. La comida estatal saciaba tanto al general como al soldado raso. El uniforme común —uno para el trabajo, otro para el tiempo libre y otro para los servicios militares y policiales— era el mismo para todo el mundo, hombres y mujeres, superiores y subordinados, con la única diferencia de la placa de la graduación. Y ni siquiera esta era más vistosa en un caso que en otro. Lo deseable de una graduación más alta radicaba exclusivamente en lo

que simbolizaba. Tanta es, me dije feliz, la espiritualidad de todos y cada uno de los compañeros de milicia del Estado del Mundo, que aquello que más valoran en la vida apenas tiene una forma más concreta que tres filetes negros, garantía de la autoestima y la estima ajena. De los goces materiales es posible acabar hartos y más que hartos —precisamente por eso sospecho que las viviendas de doce habitaciones de los antiguos capitalistas civilísticos tampoco eran mucho más que un símbolo—, pero ese objetivo, sutil donde los haya, que se persigue bajo la forma de las graduaciones, no puede saciar a nadie. Nadie puede gozar de tanta estima y autoestima que no quepa desear más. Así, en lo más espiritual, en lo más vaporoso e inalcanzable de cuanto existe, descansa firme, seguro y sempiterno el orden de nuestra sociedad.

En aquellas reflexiones andaba yo junto a la salida del metro, viendo como en sueños al vigilante que iba y venía a lo largo del muro coronado de alambre de espino que delimitaba el distrito. Cuatro trenes habían llegado, cuatro veces había emergido a la luz del día la muchedumbre, cuando por fin vi a Linda pasar el control. Me acerqué presuroso y continuamos caminando juntos.

Hablar no podíamos, naturalmente, a causa de las prácticas de la flota aérea, que, día y noche, impedían que se mantuviese cualquier conversación fuera de casa. Como quiera que sea, Linda advirtió mi expresión de contento y asintió alentadora, aunque seria, como siempre. Hasta que no llegamos al bloque de viviendas y bajamos en el ascensor a nuestro apartamento, no nos envolvió un silencio relativo —el zumbido de los motores, que hacía temblar las paredes, no era tanto como para impedirnos hablar sin problemas—. Sin embargo, postergamos cautelosos toda conversación hasta haber entrado en casa. Si nos hubiesen descubierto hablando en el ascensor, ninguna sospecha habría sido más lógica que la de pensar que estábamos ventilando asuntos que deseáramos mantener ocultos a los ni-

ños o a la asistenta. Se habían dado casos así, en que los enemigos del Estado y otros delincuentes habían querido usar el ascensor como local de conspiración; y era lógico, puesto que, por razones técnicas, no era posible instalar en el ascensor ni el ojo ni el oído policial, además de que el vigilante portero solía tener otras obligaciones que la de andar escuchando en los rellanos de las escaleras descendentes. De modo que guardamos un silencio previsor hasta que entramos en la sala familiar, donde la asistenta de la semana ya había puesto la mesa con la cena y aguardaba junto con los niños, a los que había subido a recoger en el pabellón infantil del edificio. Daba la impresión de ser una muchacha amable y de orden, y la cordialidad de nuestro saludo no se debió solo a que, como todas las asistentes, estuviese obligada a entregar un informe sobre la familia al final de la semana, una reforma que, se pensaba, había mejorado el tono en muchos hogares. Reinaba en torno a la mesa una atmósfera de alegría y bienestar, causada en gran medida por el hecho de que Ossu, nuestro hijo mayor, estaba también con nosotros. Había venido del campamento infantil, puesto que era tarde de visita domiciliaria.

—Tengo una buena noticia —le dije a Linda mientras degustábamos la sopa de patata—. He avanzado tanto con el experimento, que podré empezar a trabajar con material humano mañana mismo, bajo la inspección de un jefe de control.

—¿Quién crees que será? —preguntó Linda.

No se me notó, seguro, pero por dentro me sobresalté al oír esas palabras. Cabía la posibilidad de que fueran inocentes. ¿Qué podría ser más natural que el que una esposa quisiera saber quién sería el jefe de control de su marido? De lo quisquilloso o lo transigente que fuera, dependería la duración del periodo de prueba. Incluso se habían dado casos de jefes de control ambiciosos que habían hecho suya la invención del controlando, y contra eso, poca posibilidad había de defenderse. Con lo que nada tenía de extraño

que la persona más cercana se interesara por quién iba a ser ese jefe.

Pero yo quise oír un eco concreto en su tono de voz. Mi superior inmediato y, por tanto, mi futuro jefe de control, era Edo Rissen. Y Edo Rissen había estado contratado con anterioridad en la misma fábrica de productos alimenticios en la que trabajaba Linda. Yo sabía que habían tenido algún contacto y, por una serie de sutiles indicios, inferí que Edo Rissen había causado cierta impresión en mi esposa.

Al preguntar ella, se me activaron los celos y empecé a ventear como un animal. ¿Qué grado de intimidad había alcanzado la relación entre Linda y Rissen? En una gran fábrica podía suceder a menudo que dos personas se hallasen fuera de la vista de los demás, en los almacenes, por ejemplo, donde las cajas y los contenedores entorpecían la visión a través de las paredes de cristal, y donde, para colmo, tal vez no hubiese nadie más trabajando en ese momento... Linda también había tenido turnos de vigilancia nocturna en la fábrica. Y el turno de Rissen bien podría haber coincidido con el suyo. Todo era posible, incluso lo peor: que aún lo quisiera a él y no a mí.

Por aquella época yo no reflexionaba mucho acerca de mí mismo, de lo que pensaba y sentía o de lo que pensaban y sentían los demás, en la medida en que no tenía la menor relevancia pragmática para mí. Solo más adelante, durante mis años de solitaria prisión, volvieron aquellos instantes como incógnitas, obligándome a cuestionarme, a interpretar y reinterpretar. Ahora que ha pasado mucho tiempo sé que cuando tanto ansiaba «el conocimiento» sobre la relación entre Linda y Rissen, no quería, en realidad, saber que no existía ningún vínculo entre ellos. Ansiaba un conocimiento que pusiera fin a mi matrimonio.

Aunque en aquel entonces habría yo rechazado y despreciado tal idea. Linda desempeñaba un papel demasiado importante en mi vida, habría argumentado yo. Y era verdad; ninguna preocupación, ninguna indirecta ha podido

después cambiar eso. Por lo que significaba para mí, Linda bien habría podido competir con mi carrera. Ella me tenía sujeto en contra de mi voluntad de un modo totalmente contrario a la razón.

Se habla del «amor» como de un concepto romántico anticuado, pero me temo que existe a pesar de todo y que, desde el principio, contiene un elemento indescriptiblemente doloroso. Un hombre se siente atraído por una mujer, una mujer, por un hombre, y a cada paso que los acerca, pierden algo de sí mismos: una serie de derrotas donde uno esperaba victorias. Mi primer matrimonio —sin hijos y, por esa razón, nada que prolongar— supuso una degustación de esto que digo. Linda la elevó a la pesadilla. Los primeros años de nuestro matrimonio, yo tenía una pesadilla propiamente dicha, aunque entonces no la relacioné con ella: me hallaba en medio de una gran oscuridad, mientras que a mí me iluminaban fuertes focos. Notaba los Ojos mirándome desde la oscuridad y me retorció como un gusano para liberarme, al tiempo que no podía evitar sentir más vergüenza que un perro por ir vestido de harapos indecentes. Solo más tarde comprendí que era una buena metáfora de mi relación con Linda, en la que yo me veía terriblemente transparente, aunque hacía lo imposible por salir a ras-tras y protegerme, en tanto que ella parecía seguir siendo la misma incógnita, maravillosa, fuerte, casi sobrehumana, pero eternamente inquietante, porque su condición misteriosa le otorgaba una ventaja detestable. Cuando se le tensaban los labios dibujando una delgada línea roja —ah, no, no era una sonrisa, ni burla ni alegría, más bien tensión, como cuando se tensa un arco; y entre tanto tenía los ojos fijos y de par en par—, en esos momentos, un escalofrío de angustia me atravesaba siempre, y ella siempre me ataba y me arrastraba con la misma crueldad, aunque yo intuía que nunca se mostraría abierta conmigo. Presumo que cabe utilizar la palabra «amor» cuando, en medio de la desesperanza, nos mantenemos unidos, como si, pese a todo, pudiese

producirse un milagro; cuando el dolor mismo ha adquirido valor propio y se ha convertido en el testimonio de que al menos tienes algo en común con el otro: la espera de algo que no existe.

A nuestro alrededor veíamos padres que se separaban en cuanto su camada de hijos estaba lista para el campamento infantil; se separaban y volvían a casarse para criar nuevas camadas. Ossu, nuestro hijo mayor, tenía ya ocho años, y llevaba por tanto todo un año en el campamento. Laila, la pequeña, tenía cuatro años y aún le quedaban tres de estar en casa. ¿Y después? ¿íbamos a separarnos nosotros también para volver a casarnos, con la idea pueril de que esa misma espera resultaría menos desesperanzada con otra persona? Todo mi sentido común me decía que aquello era una vana ilusión. Una única esperanza insignificante e irracional susurraba: «¡No, no, el que hayas fracasado con Linda se debe a que ella quiere irse con Rissen! ¡Pertenece a Rissen, no a ti! ¡Haz por enterarte de que ella piensa en Rissen, y tendrás la explicación a todo, y aún te quedará la esperanza de un nuevo amor lleno de sentido!».

Tan extrañamente intrincado era aquello que había desencadenado la pregunta de Linda.

—Rissen, probablemente —respondí, y atendí ansioso al silencio que siguió.

—¿Es una indiscreción preguntar de qué experimento se trata? —intervino la asistenta.

Tenía derecho indiscutible a preguntar; no en vano se encontraba allí para estar al corriente de lo que sucedía en la familia. Por otro lado, no se me alcanzaba qué podría tergiversarse y utilizarse en mi contra, ni cómo perjudicaría al Estado el que se difundiese de antemano el rumor de mi invento.

—Se trata de algo que, espero, le resulte útil al Estado —expliqué—. Una sustancia que inducirá a cualquier persona a desvelar sus secretos, todo aquello que se haya esfor-